

Horizonte Internacional

Por JOSEPH LEDIT.

La Santa Sede y el Consejo Mundial de la Paz.

Más adelante se hallará la correspondencia entre M. FREDERIC JOLLIOT-CURIE, a nombre del "Consejo Mundial de Paz", y S. Exc. Mons. Montini, que apareció primeramente en *L'Osservatore Romano* de 5, 6 y 7 de marzo. Del lado católico, la documentación se completa por un artículo de *L'Osservatore Romano* de 7 de marzo, intitulado: "*Testimonio decisivo*", cuya traducción publicamos aquí.

Hay dos conflictos. El uno, de orden material y político sobre todo, pone en desacuerdo al bloque soviético con el que más o menos vagamente podría llamarse bloque Occidental. El que este conflicto se desarrolle, será presenciar el suicidio colectivo del género humano. Es difícil que los comunistas renuncien a su artículo de fe esencial, que la paz sólo podrá realizarse con el advenimiento global del Comunismo. De ese pensamiento nació la Tercera Internacional. Va, el mundo a permitir que sigan obrando?

Si ellos están absolutamente seguros de que, suceda lo que suceda, no se les ha de declarar la guerra, no acusarán a toda clase de engaños, para extender su imperio más y más? Es cierto que una guerra no arreglará nada. Si las bombas atómicas estallan, no harán otra cosa que destruir en pocos instantes lo que la civilización humana y cristiana han edificado durante dos mil años. Se concibe el pavor de la Europa Occidental ante semejante cataclismo. Las pérdidas espirituales que trae consigo la misma guerra son igualmente incalculables.

El otro conflicto es de orden espi-

ritual, y en él el comunismo se declara contra todo el que crea en los valores del espíritu, y en primer lugar contra la Iglesia Católica.

Desde el principio, y sobre todo desde agosto de 1948, el comunismo soviético y el Cominform están acusando a la Santa Sede de las mayores abominaciones. Afirman que la Santa Sede quiere la guerra, que es el lacayo del *WALL STREET*, que el Papa ha bendecido las bombas atómicas, que ha aplaudido la destrucción atómica del mundo, etc. La acusación es absurda por una multitud de razones. La Santa Sede, en primer lugar, ni siquiera tiene relaciones diplomáticas con los EE. UU., y esto se debe a la intervención política de diversos elementos no católicos que buscan a todo precio la incomprensión entre la Casa Blanca y el Vaticano. En segundo lugar, los católicos americanos no llegan al 20% de la población global de los EE. UU.; estos católicos se hallan muy lejos de tener en la política la influencia que tienen otras sectas, la Francmasonería por ejemplo; y nadie puede ser tan inculto que se atreva a insinuar que la Iglesia católica sea lacayo de la masonería. Todo lo que se sabe de la Santa Sede, sobre todo desde el comienzo de la guerra mundial, está contradiciendo a esa acusación bolchevique. Léase, por ejemplo, el hermoso libro que M. Oskar Halecki, profesor de la Universidad de Montreal, acaba de dedicar a Pío XII. El sabio historiador ha centrado sus investigaciones en este único punto: lo que Pío XII ha trabajado por la paz. Es la refutación más formidable de los delirios cominformistas.

Pero a pesar de sus provocaciones,

sus solicitudes y sus accesos de rabia, la prensa comunista no ha logrado enrolar a la Santa Sede en su "pacifismo". Innumerables son los artículos de *L'Osservatore Romano* a este respecto, sobre todo después del Congreso de Sheffield-Varsovie. El que vamos a traducir es característico. Cuando se solicita al Vaticano la proscripción de la bomba atómica, *L'Osservatore Romano* responde: por qué la bomba atómica solamente? Por qué no todas las bombas y todos los aviones de bombardeo? Y por qué invitar al desarme solamente a una de las partes? Por qué calcular lo que sólo es en favor de uno de los dos antagonistas? Cuando "los partidarios de la paz" enviaron sus circulares a los eclesiásticos, a los prelados, invitándoles a luchar contra la guerra, el mismo diario preguntó por qué esas mismas circulares no se mandaban "a los militares que, con las armas en la mano, en los campos de batalla, se resistían a la tregua". En resumen lo que la Santa Sede quiere es la paz. El "pacifismo" comunista no es sino un instrumento con que desarmar al adversario, un instrumento de preponderancia militar, un arma en la guerra psicológica.

Nada hemos encontrado en esas diversas notas de *L'Osservatore Romano* que se pueda interpretar como intervención política en la querella suscitada entre la URSS y América. Nada hemos hallado todavía que se pueda tomar como reproche respecto a la acción política de ninguno de los dos gobiernos.

Al contrario, con una fidelidad conmovedora, *L'Osservatore Romano* mantiene a sus lectores al corriente de la persecución religiosa que continúa sin interrupción tras la cortina de hierro. De todo este conjunto se desprende una convicción irresistible: la discordia política entre la URSS y los Estados Unidos es trágica; entre el Comunismo y la religión católica hay una absoluta incompatibilidad.

Transcribimos aquí los documentos prometidos:

Carta de M. Joliot-Curie

París, 26 de enero de 1951.

Excelencia,

El Consejo Mundial de la Paz suplica a Vuestra Excelencia se digne presentar a Su Santidad el Papa Pío XII la carta que le envía a nombre del Segundo Congreso Mundial de la Paz.

Os suplicamos, Excelencia, que aceptéis la expresión de nuestra respetuosa estima.

Por el Congreso Mundial de la Paz

(Firmado)

F. Joliot-Curie

Presidente.

París, 26 de enero 1951.

A Su Excelencia Monseñor Montini,
Secretario de Estado,
Vaticano, Roma.

Santísimo Padre,

El Segundo Congreso Mundial de la Paz tenido en noviembre de 1950 en Varsovia con la participación de los delegados de ochenta países ha adoptado como texto esencial un Mensaje de la Organización de las Naciones Unidas. En este Mensaje se hallan expuestas las condiciones básicas de una paz sólida y duradera entre las cuales nada hay más importante que la proscripción de las armas de destrucción en masa lo mismo que la reducción progresiva y controlada de los armamentos.

En la presente angustia de los pueblos, ante la amenaza de una tercera Guerra Mundial, Vuestra Santidad no se extrañará que, a nombre del Congreso, le transmitamos la comunicación oficial del Séptimo punto del Mensaje a la Organización de las Naciones Unidas:

"Intérpretes de los pueblos que se doblegan bajo las pesadas cargas de los impuestos de guerra y firmemente resueltos a garantizar a la humanidad una sólida y estable paz, nosotros damos a conocer a la Organización de las Naciones Unidas, a los Parlamentos y a los pueblos, las proposiciones siguientes:

Prohibición absoluta de toda especie de armas atómicas, bacteriológicas, químicas, tóxicas, radio-activas y demás medios de destrucción en masa;

Denuncia como criminal de guerra al primer gobierno que emplee estas armas.

El Congreso Mundial, consciente de su responsabilidad ante los pueblos, se dirige solemnemente a las grandes potencias para proponerles que procedan, durante los años de 1951 y 1952, a la reducción progresiva, simultánea y en la misma proporción, de todas las fuerzas armadas de tierra, aire y mar; reforma que avanzará de una tercera parte a la mitad.

Una medida así, al poner término decisivo al desarrollo de los armamentos, disminuiría los riesgos de agresión.

Esto mismo aliviaría las cargas del presupuesto de los Estados que caen pesadamente sobre el pueblo.

Igualmente contribuirá dicha medida al restablecimiento de la confianza internacional y de la indispensable cooperación de todas las naciones sea cual fuere su régimen social.

El Congreso declara que el control concerniente a la prohibición de armas atómicas y de destrucción en masa, así como el de las armas llamadas convencionales, es técnicamente posible. Junto al Consejo de Seguridad debe constituirse un organismo de control internacional que disponga de inspectores calificados, que se encargará de controlar tanto la reducción de las armas convencionales, como la prohibición de las atómicas, bacteriológicas, químicas y demás.

El control, para ser eficaz, debe abarcar no solamente las fuerzas militares, —el armamento existente y la producción de armas, según se determine en cada país—, sino hasta la misma reclamación de la Comisión de Control Internacional; debe extenderse a la inspección de las fuerzas militares, del armamento y de la producción de armas que, se suponen, además de aquellas que han sido declaradas.

Estas proposiciones de reducción de las fuerzas armadas constituyen la primera jornada en el proceso del desarme general y total que sigue siendo el objetivo final de los Partidarios de la Paz.

El II Congreso Mundial de los "Partidarios de la Paz", convencido de que ésta no puede estar suficientemente garantizada con sólo buscar el equilibrio de fuerzas, que lleva consigo el desarrollo de los armamentos, afirma que estas proposiciones no dan ninguna ventaja de pode-

ría militar a ninguna nación, sea cual sea, sino que su efecto será ciertamente hacer que la guerra fracase y se asegure el bienestar y la seguridad de todos los pueblos del mundo".

El Consejo Mundial de la Paz tiene bien presentes las palabras que Su Santidad pronunció en sus mensajes de Navidad de 1939 y 1941:

"No se debe dar lugar a que la desgracia de una guerra mundial, con sus ruinas económicas y sociales, con sus aberraciones y perturbaciones morales, se desencadene por tercera vez sobre la humanidad. Para evitar azote semejante es necesario proceder sería y honradamente a una limitación progresiva y adecuada de armamentos" (1941).

"Tratados de paz que no atribuyan una importancia fundamental al desarme mutuamente consentido, orgánico, progresivo, tanto en el orden práctico como en el ideal y que no se esfuerzen en su leal realización, revelarán tarde o temprano su inconsistencia e insuficiencia" (1939).

Esto no era sino reanudar la doctrina de vuestro predecesor, Benedicto XV, quien, en su mensaje del 1º de agosto de 1919, declaraba:

"El punto fundamental debe consistir en que la fuerza material de las armas se sustituya por la fuerza moral del derecho, de lo cual nacería un justo convenio de todos sobre la disminución simultánea y recíproca de armas, de acuerdo con las reglas y garantías que se estimen convenientes".

Igualmente, en lo que concierne a las armas atómicas, bacteriológicas, químicas, tóxicas, radio-activas y todos los otros medios de destrucción en masa, Su Santidad repetidas veces ha condenado su empleo, como lo hizo últimamente en su Encíclica del 19 de julio de 1950:

"Con el progreso, la técnica moderna ha creado y preparado armas tan mortíferas e inhumanas que no solamente serán capaces de exterminar los ejércitos y las armadas, no sólo las ciudades, villas y pueblos, no sólo los tesoros inestimables de la religión, del arte y de la cultura, sino también a los niños inocentes con sus madres, a los enfermos, a los débiles y a los ancianos. Todo lo que el ingenio humano ha producido de bello,

de bueno, de digno, todo o casi todo puede ser aniquilado!"

El Consejo Mundial de la Paz hace notar el acuerdo completo de los textos sobrecitados con el principio de un desarme progresivo y controlado que trasciende aun a los medios de una posible aplicación. Por eso nos permitimos, en nombre de dicho Consejo, hacer un llamamiento a Su Santidad, para que apoye, por los medios que juzgue oportunos, estas proposiciones de reducción de fuerzas armadas, ya que ellas significan un paso dado hacia el desarme general y responden realmente a las aspiraciones y a las necesidades de todos los pueblos, cuya voz quisiera llevar el Congreso Mundial.

Os suplicamos, Santísimo Padre, aceptar nuestra muy respetuosa deferencia.

En nombre del Consejo Mundial por la Paz,

F. Joliot-Curie
(Presidente).

Respuesta de Mons. Montini

Del Vaticano, 16 de febrero de 1951.

Señor:

Acabo de recibir la carta que con fecha 26 de enero me ha dirigido y me he apresurado, conforme me lo suplicaba, a poner en manos del Padre Santo el mensaje que venía adjunto y del cual El detenidamente se ha hecho cargo.

Hace Ud. notar en dicho documento el hecho de que Su Santidad, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, ha proclamado repetidas veces la necesidad de trabajar por el establecimiento de la paz entre las naciones, sustituyendo la fuerza de las armas por la fuerza del derecho, y procediendo sería y honradamente a una limitación progresiva y adecuada de los armamentos.

Hace Ud. mención igualmente de la reciente Encíclica del 19 de julio de 1950, citando las mismas palabras de Su Santidad acerca de las máquinas mortíferas inventadas por la técnica moderna.

No puede menos de verse con sumo agrado el hecho de que sea así reconocido el esfuerzo con que el Soberano Pontífice se ha pronunciado siempre en fa-

vor de la paz, de una paz justa y verdadera.

Punto es éste que ha sido negado o desconocido muy frecuentemente por muchos en estos últimos años: las palabras y los hechos del Padre Santo hasta tal grado han sido desfigurados, que organizaciones poderosas, que pretenden trabajar por la paz, hasta han intentado acreditar ante las masas la absurda calumnia de que el Papa deseaba y favorecía la guerra.

Es, sin embargo, evidente que el Vicario del "Príncipe de la Paz" y Cabeza visible de la Iglesia, cuya misión es hacer que la justicia y la caridad reinen sobre la tierra, no puede tener deseo más ardiente que el del advenimiento de la paz a los hombres.

No se puede por consiguiente dudar de que la Santa Sede continuará, como lo ha hecho hasta ahora, trabajando al servicio de la paz, —de la verdadera paz—, en virtud de los principios mismos que dirigen su acción y que tienen su fuente en la doctrina enseñada por Nuestro Señor Jesucristo. Y no se puede menos de desear que tales esfuerzos encuentren en todas partes —lo mismo en los Gobiernos que en los pueblos y en los individuos—, sincera comprensión y acogida.

Sírvase, señor, aceptar las muestras de mi sincero aprecio.

(Firmado)

J. B. Montini.

Señor Joliot-Curie,
2, rue de l'Elysée,
París.

Artículo de L'Osservatore Romano,
7 de marzo de 1951.

Testimonio definitivo

Si bien podemos dispensarnos de hacer una aclaración de los documentos publicados ayer acerca de Pío XII y la paz, ya que son ellos tan claros y terminantes, no nos es posible prescindir de un comentario objetivo de ellos, máxime ante la actitud de crítica, de acusación y polémica adoptada por la propaganda del

Kominform contra la Santa Sede y contra el pensamiento y la palabra del Papa.

Dos partes distintas tiene la carta enviada al Padre Santo, el 28 de enero último, por el Presidente del Consejo Mundial de la Paz, en nombre de dicho Consejo.

La primera, consiste en una comunicación oficial del Papa, de las conclusiones del Congreso, es a saber, de los "siete puntos" tan conocidos, para evitar la guerra y garantizar la paz; la segunda justifica las razones por las cuales el Consejo ha querido presentar sus proposiciones no solamente a la ONU, a los parlamentos y a los pueblos, sino también al Soberano Pontífice, para pedirle que "las apoye por todos los medios que El crea oportunos".

Declara, en efecto, que el Consejo recuerda muy bien las palabras de Pío XII en sus mensajes de Navidad de 1939 y 1941 y la Encíclica del 19 de julio de 1950; y uniéndolas a la nota del 19 de agosto de 1917 de Benedicto XV, en la que pedía la substitución de la fuerza material de las armas por la fuerza moral del derecho, hace resaltar cómo todo esto está completamente de acuerdo con los deseos de Varsovia.

Muy bien. Supuesto lo anterior y teniendo en cuenta que el mismo Consejo Mundial de la Paz, intérprete de las ideas y de los sentimientos del Congreso y del "Movimiento de Partidarios de la Paz", da un testimonio tan claro de los documentos pontificios, de los principios y de las actas de Pío XII en favor de la paz y contra la guerra desde hace más de treinta años, durante las dos guerras y las dos postguerras más difíciles, angustiosas y peligrosas, es evidente y de todo derecho el que uno se pregunte: cómo es posible que la crítica, la acusación y la polémica del Kominform continúe desencadenándose contra la Santa Sede y contra Pío XII, acusándole de falso pacifismo, o por lo menos de engañoso silencio sobre la amenaza de los armamentos y de la fabricación de las más mortíferas armas? Cómo es posible que, a pesar de las protestas del Papa y —si licet— ante nuestra diaria reacción contra el triunfo tan metódico y tan sistemático de la calumnia, se continúe callando hechos y palabras, falseando textos, separando, alterando, uniendo artificialmente pasajes que

serían perfectamente aceptables en su contexto?

Cómo es posible, ya que el mismo fraude se ha vuelto imposible, que haciendo un análisis de las intenciones, digan que no se puede leer "paz", donde el que escribía y hablaba pensaba "guerra"? Y ya que han tenido que abandonar esta hipótesis de hipocresía ante la evidencia misma de las cosas, cómo es posible que hayan podido recurrir a una perfidia más refinada aún, la de insinuar y proclamar que la Iglesia y el Papa, convencidos de que el "Movimiento de Partidarios de la Paz" había vencido todos los obstáculos por un irresistible plebiscito mundial, cambiaron de actitud para ocultar su fracaso y para crearse una escapada para el futuro?

Cómo es posible por el contrario que, si desde 1917 para la Santa Sede y desde 1939 para Pío XII la realidad manifestada ha sido completamente distinta, el mentís pontificio haya sido tan solemne, tan sin lugar a duda, que constituya hoy un motivo tal de confianza en el Papa que se le coloque en el mismo plano de la ONU, de los parlamentos, y de los pueblos a los que Varsovia hace su llamamiento, y que se recurra a su apoyo considerándole como seguro y eficaz porque está conforme con sus principios, con sus enseñanzas y con sus obras?

Por lo que hace a ejemplos, la única dificultad está en escogerlos. Sin acudir a lo de "Pontífice de las manos que manan sangre", a las emisiones de Radio-Moscú y a sus diversos altoparlantes con relación al Vaticano y *Wall Street*, a la prensa inspirada por nuestro comunismo sobre el silencio del Papa ante "las agresiones en el Extremo-Oriente", y limitándonos solamente al revuelo que siguió al Congreso de Varsovia, bien al tanto, con todo, de los sentimientos y de los actos pacifistas de la Santa Sede y del Papa Pío XII, e indicando nada más lo que nosotros mismos escribimos, recordemos nuestro artículo titulado "Infamias", del 24 de noviembre, en respuesta a *Il Pase*, sobre la ausencia del Papa en Varsovia, donde, sin embargo, se le consideraba "en acuerdo perfecto", hasta el grado de tenerlo como presente, en primera línea, y ya desde la primera guerra, en este combate por la paz.

Recordemos también, contra el mismo

diario y *l'Unita* "Insidiantes ei" del 8 de diciembre, para refutar la vergonzosa acusación de que *Mirabile illud*, al invitar a la oración por la paz, confirmaba de nuevo el silencio del Papa sobre la bomba atómica. Recordemos "Entre rehusa y profecías" del 12 de diciembre, siempre contra *Il Paese* que acusaba a la Iglesia de impostura, cuando hablaba de paz; y "Contradicciones" respuesta a las afirmaciones de *Avanti* del 17 de diciembre, con ocasión de la poesía milanesa sobre "Pío XII", que no se ha conmovido con las amenazas atómicas de los americanos, que no se "ha sobresaltado", que no se quedó "helado", y a un artículo romano sobre el pacifismo palabrero y no real del Papa. Recordemos "Verdad sin paráfrasis" publicado en *l'Unita* del 20 de diciembre, que denunciaba la inteligencia del Papa con los que habían desencadenado la última guerra.

Ni es esto sólo. A partir de esta fecha, comienza a ojos vistas el cambio. La imposibilidad de empecinarse en calumnias tan evidentes, lleva a los calumniadores a conceder que el Vaticano no está por la guerra, es decir, "que ya no lo está"; está por la paz, es decir, "lo está ahora; por fin, lo está" obligado, como hemos dicho, por el "Movimiento más grande que la historia registra" (según escribía el órgano comunista) que arrastrará consigo a la Iglesia, o la destruirá. Y tenemos todavía que *l'Unita* de 8 de enero viene a subrayar esta "adaptación" del Vaticano al pacifismo contemporáneo; que Radio-Moscú del 17, llama al Papa "lobo con piel de oveja"; y, el 6 de febrero, vienen las misteriosas revelaciones de Lussu en el teatro Adriano sobre el "personaje colocado muy alto", belicoso a fondo; y, el 15, *l'Avanti* sobre el contraste entre la "guerra santa" y la conversión de la Santa Sede a la paz; y el 9 de marzo, el mismo diario habla sobre la "nueva actitud" de la Iglesia, reconocida en Francia y en América; y todavía en estos últimos días, el supuesto *redde rationem* a Roma, del Cardenal Schuster, por su actitud supues-

ta crítica a propósito del rearme, ha vuelto a dar actualidad a la polémica de los adversarios sobre las antiguas posiciones del Papa, favorable al rearme.

Dilema: o la propaganda del Kominform, su estado mayor, no conocía la existencia de los documentos pontificios que el Consejo de la Paz conocía tan bien, o los conocía. En cuanto a lo primero, la suposición es manifiestamente absurda. Toda la prensa católica de todos los países y nuestro propio diario han citado miles de veces las fuentes pontificias a las que el Consejo de la Paz y su presidente recurrieron tan elocuentemente y que citaron con tal exactitud, que leer la carta de París nos daba la impresión de estar releando alguno de nuestros artículos de refutación y de réplica a las furiosas mentiras del Kominform. No queda, pues, sino la segunda hipótesis. Aquí, la mala fe es condenada sin apelación posible, y por el "Tribunal del pueblo", el más competente, que se reunió en Varsovia, compuesto por los jueces internacionales más celosos, más calificados y menos sospechosos, bajo la égida misma del Kominform.

Es hora ya de sacar en conclusión, para todas las personas de sentido común, para todas las conciencias de buena fe, que asistimos al término de una de las campañas más deshonrosas del sectarismo anticatólico. No es tanto una aventura desgraciada como un suicidio. De este modo, las cartas publicadas se pueden llamar históricas, no por esa manía orgullosa y estúpida, actualmente en boga, de apelar a la historia para consagrar cualquier locura o cualquier episodio de crónica; ni siquiera por su contenido, que la historia conocía ya mucho antes de ese cruce entre París y Roma; sino por las premisas y circunstancias que precedieron a su nacimiento. Así determinaron una catástrofe moral en los que habían descendido tan valientemente a la arena para atacar a la Iglesia en lo que tiene de más sagrado: la herencia de paz y de amor que recibió de Cristo.

